



frentado a verdaderos hampones en una escuela neoyorquina (por cierto, uno de los alumnos conflictivos es nada menos que Sidney Poitier). O incluso el de la mexicana *Río Escondido* (1947), obra del Emilio *El Indio* Fernández, cuya protagonista (María Félix) es una valiente maestra que —bajo órdenes del presidente Alemán— acude a dar clases a un pueblo dominado por un torvo cacique, que prefiere persista la ignorancia. En ambos títulos, la redención es previsible.

(El cine mexicano, de hecho, no se ha ocupado con frecuencia del tema educativo. Y, a veces, el tono es abiertamente retrógrada como es el caso de *El profe*, de 1965, vehículo para que Cantinflas imparta su discurso oficialista a un salón compuesto sólo por varoncitos).

También los alumnos con capacidades distintas han sido enfocados por el cine, a veces con más fortuna. *La maestra milagrosa* (1962), de Arthur Penn, es una

sensible recreación de cómo Helen Keller, en su infancia, fue enseñada por una institutriz a sobrellevar su condición de ciega y sordomuda. Con intensas actuaciones de Anne Bancroft y Patty Duke, la película incluso consigue evitar el sentimentalismo. Con similar sobriedad, el francés François Truffaut dirigió y protagonizó *El niño salvaje* (1969), en que un niño abandonado en el bosque a fines del siglo XVIII es instruido por un científico con el afán de integrarlo a la sociedad. Para un mayor sentido de autenticidad, la película está filmada en blanco y negro, con recursos propios del cine mudo.

En ocasiones, la escuela ha servido como microcosmos para lograr objetivos satíricos. Así, en 1933 el cineasta francés Jean Vigo situó su primer largometraje *Cero en conducta* en el contexto de un internado para niños. Entre apuntes de un humor surrealista y